

chado de justicia. De dónde me ha venido esta nueva conciencia, lo ignoro; pero no cabe duda que existe en mí, y lo mismo rehuyo de cometer una baja-za contra ella que contra Dios, si hay Dios. ¡Hasta aborrezco y maldigo esta hipoteca ahora que la poseo, como un diablo tentador!

—Quémala, dijo Sinesio tranquilamente.

—Quizá lo haga. A lo menos nunca me serviré de ella. ¡Había de obligarla? Soy demasiado orgulloso, demasiado amante del honor para pretenderla siquiera. Debe venir á mí, decirme con sus labios que me ama, que me quiere tomar á su cargo y hacerme digno de ella. Es preciso que se lastime de mí, por su propia voluntad, ó de otro modo... que pene y muera en esa maldita prisión. Despues, una puñalada para su padre y otra para mí, nos libertará á él de mas supersticiones, á mí de mas dudas filosóficas por unos cuantos siglos hasta que volvamos á nacer... él, supongo, como chacal, y yo como babuino. ¿Qué importa? A menos que no la posea por buenos medios. Dios me castigue así, y aun peor, si acudo á otros malos.

—¡Dios te asista, hijo mio, en la noble lucha! dijo Sinesio con los ojos llenos de lágrimas.

—No es una lucha noble, es bajo y cobarde temor en quien antes no temió nunca á hombres ni á diablos, y ahora tiene miedo á una infeliz niña.

—Te equivocas, exclamó Sinesio á su vez; es un temor noble y santo, pues temes su virtud. ¡Y vieras ésta, ni mucho menos temieras, si no existiese dentro de tí una ley divina que te mostrase lo que es y cuán digna de veneracion es? No me repitas, Rafael Aben-Ezra, que no temes á Dios, pues el que teme la virtud, teme á aquel cuya imágen es la virtud. Prosigue... prosigue... no decaiga tu ánimo, y el poder de Dios se manifestará en tu flaqueza.

.....
.....
Eran ya altas horas de la noche cuando Sinesio obligó á su huésped á retirarse, despues de advertirle que no se asustase si oia la campana de alarma, pues la casa estaba bien defendida. Colocó en su sitio el reloj de agua, por el cual median él y sus sirvientes sus respectivas guardias; y en seguida el buen

obispo, apostadas sus centinelas, se situó en la parte superior de la torre, junto á la campana de aviso, y mientras dirigia la vista al país de sus antepasados y rogaba que su desolacion tuviese al fin término, no se olvidó de implorar para su desgraciado huésped un sueño mas tranquilo y provechoso que el que habia conocido por espacio de muchas semanas. Rafael, antes de acostarse aquella noche, habia roto el documento hipotecario de Mayorico, sintiéndose mejor al ver consumirse pedazo á pedazo aquel tentador escrito á la luz de la lámpara. Hecho esto, se rindió con la fatiga del cuerpo y del espíritu, y olvidó á Sinesio, á Victoria, á todos, pareciéndole vagar toda la noche en los valles del Libano, entre jardines de lirios y lechos de flores; mientras que halagaban sus oídos músicas pastoriles y voces de niñas, que cantaban el místico idilio de su poderoso antepasado.

A la mañana siguiente antes de salir el sol, se veía á Rafael bien armado y montado al lado de Sinesio, seguido de cuatro ó cinco pares de perros grandes y de color pardo, y de la fiel Bran, cu-

yas orejas cortadas y gruesas mandíbulas, eran únicas en aquella tierra de orejas tiesas y narices de zorra, y formaban el exclusivo asunto de la conversacion de unos veinte hombres, que armados de piés á cabeza para la caza y la guerra, cabalgaban detrás del obispo en caballos medio muertos de hambre y enseñados por la miseria de los tiempos á hacer el mayor trabajo comiendo lo menos posible.

Durante las primeras millas no desplegaron los labios; atravesaron aldeas arruinadas y heredades que presentaban tristísimo aspecto, de las cuales de tiempo en tiempo salia con temor un solo habitante y referia su dolorosa historia al desgraciado obispo, apresurándose luego en vez de pedirle limosna á rogarle que aceptase algun resto de grano ó de volatería que se habia librado de las manos de los merodeadores. El pobre Sinesio, al verlos abrazarse á sus rodillas y bendecirle como su única esperanza, oía con paciencia una vez y otra el mismo relato y mezclaba sus lágrimas con las de aquellos infelices, espoleando en seguida su caballo, como para evitar el espectáculo de miserias

irremediables; mientras que en el corazón de Rafael se elevaba una voz que parecía preguntarle: "¿Para qué te fueron concedidas las riquezas, sino para que pudieses enjugar por un día á lo menos tales lágrimas?"

Y se sumergió en honda meditación, que dió con el tiempo su fruto, y que se prolongó hasta que dejaron el valle y subieron á las colinas, donde estaba el camino que conducía desde el distante mar. Pero en cuanto perdieron de vista los indicios de desastrosa guerra, el temperamento del buen obispo empezó á excitarse. Riñó á sus perros, habló á su gente, discurrió sobre el mejor punto para encontrar caza, y los exhortó alegremente á portarse como hombres, pues que el tener que comer á la noche dependería enteramente de sus proezas durante el día.

—¡Ah! dijo Rafael al fin aprovechando un pretexto cualquiera para interrumpir sus dolorosos pensamientos, aquí hay una vena de tu tierra de sal. Figúraseme que en otro tiempo residisteis todos en el fondo del mar y que Neptuno, ese viejo agitador de la tierra, cansado de vuestro mal comportamiento,

os empujó hácia arriba una mañana, haciéndoos quedar en seco para libraros de vosotros.

—Quizá haya sido así. Cuentan que los Argonautas atravesaron esta comarca al volver del mar del Sur, que debía por lo tanto hallarse mucho mas cerca de nosotros que ahora, y se añade que llevaron su mística nave por entre alturas á la Syrte. Sin embargo, hemos olvidado, despues de trascurrido tanto tiempo, cuanto concierne al mar, y recuerdo muy bien cuál fué mi asombro á la vista de una galera en Alejandria, y las carcajadas con que mis condiscipulos saludaron mi razonable observacion de que se parecia á un cienpiés.

—¿Y no te acuerdas tambien de la cuestion que tuve con tu mayordomo sobre el pescado escabechado que te traje de Egipto, y del modo como al abrirse el barril gritaron los sirvientes y corrieron á derecha é izquierda declarando que los huesos de pescado eran las espinas de serpientes venenosas?

—El buen anciano se mantiene en su incredulidad tocante al agua salada. Me atormenta de continuo rogándome le refiera la historia de mi naufragio, y en

último resultado no me cree; aunque lo ha oído una docena de veces. "Señor," me dijo con solemnidad despues de haberte tú ido, "¿pretenderá ese amigo tuyo persuadirme de que en su grande estanque de Alejandria pueda haber nada que se coma, cuando es sabido que la mejor fuente del país no cria mas que ranas y sanguijuelas?"

Mientras hablaban dejaron el último campo detrás de sí, y entraron en una vasta llanura salpicada de matorrales y hendida acá y allá por cañadas, que terminaban en fértiles valles con multitud de casas de campo.

—Aquí, esclamó Sinesio, están las tierras donde cazamos. Entreguémonos, pues, á una hora de recreo, y olvidemos nuestras penas por los goces del noble arte. ¿Qué concepto tendria de él formado el viejo Homero, cuando se olvidó de contarle entre las empresas gloriosas para los héroes, y sin embargo no le faltaron palabras de alabanza para el foro?

—¿El foro? dijo Rafael. ¿Nunca he visto que formase mas que pícaros!

—Pícaros impudentes, amigo mio. Detesto á los abogados, y jamás encuen-

tro uno sin ponerle en ridiculo; embusteros afeminados, que tiemblan al ver la carne de venado asada, pensando en los peligros que ha sido preciso correr para obtenerla. Pero esta no es época de valientes, amigo mio.... no lo es. Olvidémoslo, y á nosotros tambien.

—¿Y la filosofía y á Hipatia? preguntó Rafael maliciosamente.

—He abandonado la filosofía. ¡Combatir como un Heráclida y morir como un obispo, es lo que me resta.... exceptuando á Hipatia, la perfecta, la sabia! Te digo, amigo, que es un consuelo para mí en la miseria que me abruma, recordar que un mundo tan corrompido como este tiene en su seno un sér tan divino....

Iba á proseguir alabando con entusiasmo á su ídolo, cuando Rafael le detuvo.

—Me temo que nuestra comun simpatía en ese particular se ha debilitado. He empezado á dudar de ella últimamente, casi tanto como dudo de la filosofía.

—¿Pero no de su virtud?

—No, amigo mio; ni de su belleza, ni de su sabiduría; sólo si de su poder

para hacer de mí un hombre mejor. Dirás que es una victoria egoísta, concedo. ¡Qué noble caballo es ese tuyo!

—Lo ha sido.... lo ha sido; pero está ya muy acabado, como su amo y el caudal de su amo....

—No sucede así al potro con que te has dignado honrarme.

—¡Ah! ¡el potro de mi pobre hijo!... Eres el primero que lo ha montado desde que....

—¿Es de tu cría? preguntó Rafael tratando de torcer la conversacion.

—Nació del caballo blanco de Nicea que me enviaste y de una de mis yeguas.

—No parece malo; solo que tiene algo de la cabeza de toro y de los ijares de lebrél de tus caballos africanos.

—Tanto mejor, amigo mio. Se necesitan huesos.... huesos y resistencia para este áspero país. Tus delicados caballos de Nicea son excelentes para andar unos cuantos minutos por las arenas de Egipto; pero aquí conviene un caballo que camine cuarenta millas diarias por terrenos de todas clases, y que coma á la noche cardos. ¡Ah, pobrecillo! dijo viendo saltar á un gerbo de unos mator-

rales que estaban á sus piés; se me figura que vas á ayudar á llenar el caldero de la sopa en estos difíciles tiempos.

Y arrastrando hábilmente su largo látigo, el digno obispo enredó en él las piernas del gerbo, le subió hasta su silla, y lo entregó al criado para que lo metiese en el morral.

—Mátale... ¡No le dejes gritar!... Grita como un niño....

—¡Infeliz! dijo Rafael. Por ventura, ¿tenemos nosotros mas derecho de comerle á él, que él de comernos á nosotros?

—Que nos coma si puede. ¡Cuanto hace que te has puesto del lado de los Maniqueos!

—No temas semejante cosa. Pero como te he dicho, desde mi admirable conversion efectuada por Bran, la perra, he empezado á respetar á los irracionales, que probablemente son tan buenos como yo.

—Entonces necesitas otra conversion, Amigo Rafael; y es preciso que aprendas á conocer lo que es la dignidad del hombre. Cuando la conozcas, ereerás conmigo que la vida de todos los irracionales que pueblan la superfi-

cie de la tierra, es de muy poco valor, en cambio de la vida del último de los hombres.

—Sí, con tal que se les mate para alimentarse con ellos; pero ¡matarlos para nuestra diversion!

—Amigo, cuando yo era aun pagano, recuerdo que temblaba mucho al oír la historia de la maldicion de la higuera; pero cuando supe lo que era el hombre, y que habia considerado toda mi vida como parte de la naturaleza á una raza que habia sido en su origen y podía volver á ser, hecha á semejanza de Dios, empecé á ver que importaba poco fuesen maldecidas todas las higueras, siempre que el espíritu de un hombre aprendiese de ese modo una sola leccion. Lo mismo digo de esta diversion campes- tre, sobre la cual no me he avergonzado de escribir, como sabes, un libro.

—Y delicioso, ciertamente; sin embargo, recuerda que eras aun pagano cuando lo escribiste.

—En efecto, y entonces me dedicaba á la caza por mera inclinacion. Mas ahora sé que tengo derecho á entregarme á ella, porque me da resistencia, prontitud, valor, dominio sobre mí mis-

mo, y tambien salud y alegria; y por eso. . . ¡Ah, rastro fresco de avestruz!

—Y parándose de repente, comenzó á subir con lentitud por la colina.

—¡Atrás! dijo al fin con voz muy baja. Despacio y en silencio. Tiéndete sobre el cuello de tu caballo, como yo lo hago, ó los bribones de largo pescuezo te verán. Deben estar cerca de nosotros. ¡Si no das la vuelta á aquella altura, nos ganarán el viento, y entonces adios!

En seguida, Sinesio y su criado galoparon, colgándose del pescuezo de sus caballos por un brazo y una pierna, de un modo, que Rafael trató en vano de imitar.

A los dos ó tres minutos estaban junto á la colina. Sinesio hizo alto, miró hacia abajo un momento, y luego se volvió á Rafael, tembándole de placer todo el cuerpo, al indicar, levantando dos dedos, que eran dos los avestruces.

—Prepara las flechas. Suelta los perros, Sifax.

Y al cabo de otro minuto Rafael se encontró bajando á galope por la colina, mientras que dos magníficos avestruces, con las alas abiertas y los cuellos tocando con la tierra, huían delante de los

lebreles á un paso, que ningun caballo hubiera resistido diez minutos.

—¡Qué niño soy aún! exclamó Sinesio llorando de entusiasmo; y entretanto Rafael se entregó tambien á la alegría, y olvidó hasta la misma Victoria en su veloz carrera por rocas, matorrales, montecillos de arena y riachuelos.

—¡Cuidado con ese lecho seco del torrente! ¡Arriba, mi buen caballo! Esto no durará dos minutos mas. Imposible que sostengan el paso contra esta brisa. . . . Bien, perro, bien, aunque hayas errado el golpe. ¡Ah! ¡si mi hijo se encontrase aquí! Miradlos. . . . hacen regates. Esparcios á derecha é izquierda, amigos, y corred á ellos cuando pasen.

Los avestruces, no pudiendo, como dijo Sinesio, sostener su pasa contra la brisa, retrocedieron hácia donde estaban sus perseguidores, y batiendo el aire con abiertas alas, siguieron de nuevo la direccion del viento de un modo mas admirable aún que antes.

—¡Corre hácia él, Rafael. . . . corre y haz que entre en aquellos matorrales! gritó Sinesio ajustando una flecha á su arco.

Rafael obedeció, y el avestruz se metió en el matorral. El caballo, perfectamente enseñado, se avalanzó á él como un gato; y Rafael, que no tenia confianza en su habilidad como arquero, le hirió con su látigo en el pescuezo cuando se empeñaba en pasar, y derribó en tierra á la noble ave. Iba á saltar al suelo para asegurar su presa, pero un grito de Sinesio le detuvo.

—¡Estás loco? Te rompería el corazon de una patada. ¡Los perros le sujetarán!

—¿Dónde está el otro? preguntó Rafael.

—Donde debe estar. No he errado un tiro en muchos meses.

—Compites con el mismo emperador Commodo.

—¿De veras? Una vez ensayé las flechas de su invencion, con cabeza de media luna, y degollé uno ó dos avestruces regularmente. Sin embargo, no sirven mas que para el anfiteatro; pues no están seguras en el carcaj cuando se va á caballo. Pero ¿qué es eso? Y señaló á una nube de polvo blanco que se divisaba á cosa de una milla en el valle. ¿Será una cuadrilla de antilopea? ¡En-

tonces Dios nos favorece! Vamos... sea lo que fuere, no tenemos tiempo que perder.

Y reuniendo su gente se adelantó con rapidez hacia el objeto que habia llamado su atencion.

—¡Antilopes! dijo uno.

—¡Caballos salvajes! añadió otro.

—¡Di mas bien domesticados! exclamó Sinesio con furioso ademán. Acabo de ver brillar armas.

—¡Los Ausurianos!

Y toda la partida prorrumpió en un grito de rabia.

—¡Me seguiréis, hijos!

—¡Hasta morir! contestaron á una voz.

—Lo sé. ¡Oh! si yo tuviera setecientos de vosotros, como tenia Abraham! Entonces veriamos si esos bribones no seguian en una semana la suerte de las tropas de Codorlaomor.

—¡Eres feliz, pues que puedes actualmente confiar en tus esclavos! dijo Rafael, mientras la partida galopaba sujetando sus cinturones y aprontando las armas.

—¡Esclavos! Si la ley me autoriza para vender uno ó dos que no se hallan

aún en estado de cuidarse á sí mismos; es ese un hecho que tanto ellos como yo hemos olvidado. ¡Sus padres encanecieron á la mesa del mio, y Dios quiera que ellos encanezcan á mi mesa! Comemos juntos, trabajamos, cazamos, combatimos, jugamos y hasta lloramos juntos. ¡Dios nos ayude á todos! pues que nuestro objeto es uno mismo. Ahora bien... ¿conoceis al enemigo, muchachos?

—Ausurianos. La misma partida que atacó á Mirsinitis la semana pasada. Los conozco por los cascos que quitaron á los Marcomanos.

—¿Y con quién pelean?

—No se vé. Sin duda han estado peleando; pero algunas víctimas habrán querido ponerse fuera de su alcance, y la partida se ha lanzado en su persecucion.

—Fue accion reñida la de Mirsinitis. Los Ausurianos se presentaron cuando el pueblo estaba entregado á sus oraciones de la mañana. Los soldados huyeron y se ocultaron en las cavernas, dejando el asunto á los clérigos.

—Si eran de tu presbiterio, aseguro

qué se mostraron dignos de su diocesano.

—¡Ah! ¡si todos mis clérigos fuesen semejantes á ellos! ¡Si lo fuese mi pueblo! Ofrecieron oraciones por la victoria, se pusieron al frente de los labriegos, y encontraron á los moros en un paso estrecho. Allí decayeron un poco de ánimo. Fausto el diácono, los exhortó y arrojó al gefe de los ladrones, como el jóven David, una piedra que le hizo saltar los sesos, despojándole en seguida al verdadero estilo Homérico, y despues de atacar y vencer á los Ausurianos con la espada de su capitán, volvió y erigió un trofeo en debida forma clásica, siendo proclamado salvador del valle.

—Mereceria que le nombrases arcediano.

—De buena gana le enviara, si pudiese, á él y sus compañeros á recorrer la provincia, coronados de laurel, aclamándolos en todas las plazas de mercado *Hombres de Dios*. Pero ¿con quién pelearán esos Ausurianos? Si fueran labriegos, hubieran perecido hace tiempo, y si soldados, ya habrían emprendido lo fuga. En este país es verdade-

ramente portentoso que un combante dure diez minutos. ¡Quiénes serán? Ahora los veo; todos á pié menos dos, lo cual me sorprende, pues en muchas millas á la redonda no tenemos una sola cohorte de infantería.

—¡Sé quienes son! gritó Rafael, espoleando de repente su caballo. Entre mil conozco esa armadura, y en medio hay una litera. Seguidme, amigos, y mostrad todo el valor de que sois capaces.

—¡Poco á poco! exclamó Sinesio. Cree á un viejo soldado, y quizá... (¡ojalá no estuviera en el caso de decirlo!) el mejor que ha quedado en este miserable país. Da la vuelta al barranco y ataca de improviso á los bárbaros por el flanco. De ese modo no nos verán hasta que estemos á veinte pasos. ¡Eh! Aun tienes que aprender una ó dos cosas, Aben-Ezra.

Y sonriéndose ante la perspectiva de la accion, el bizarro obispo hizo girar su reducida tropa, y en cinco minutos mas se presentó, anunciándose con un grito y una descarga de flechas, y precipitándose en lo mas fuerte de la pelea.

Todas las escaramuzas de caballería

se parecen: ruido de caballos, sables desnudos, cinco minutos de confusion, y luego los ginetes que no han sido derribados de sus sillas por las rodillas de los que están á su lado, y que no han cortado la cabeza á sus caballos en lugar de costársela al enemigo, se encuentran sin saber cómo, ó persiguiendo ó perseguidos, sin que por ambas partes haya tenido efecto un golpe de cada diez. Sin embargo, Rafael, despues de intentar en vano matar muchos moros, se halló en posicion nada digna entre las piernas de innumerables caballos, que hacian movimientos frenéticos. Evitar uno equivalia á exponerse á otro; así filosóficamente se estuvo quieto, reflexionando sobre la sensacion de ver saltar sus sesos, hasta que la nube de piernas se desvaneció, y se encontró de rodillas enfrente de las narices de una mula, que montaba, inmóvil, un hombre alto y venerable, vestido de obispo. El extranjero, en vez de prorampir en una carcajada, como Rafael, levantó la mano solemnemente y le bendijo. El judío se puso de pié sin cuidarse de tales cortesias, y mirando en torno vió á los Ausurianos que subian por la colina á ga-

lope en trozos sueltos, y á Sinesio juntó á él limpiando una espada sangrienta.

—¿Está segura la litera? fué lo primero que preguntó.

—Sí lo está. Te dí por muerto cuando te vi traspasado por esa lanza.

—¿Traspasado? Estoy tan sano como un cocodrilo, respondió Rafael riéndose.

—Probablemente el bribon, en medio de su furia, equivocó el regaton con la punta. Tal es el desórden de un combate de caballería. Yo te vi herir á tres ó cuatro con lo ancho de la espada.

—¡Ah! eso explica, dijo Rafael, el que.... Pues en otro tiempo me tenia por el que mejor manejaba esa arma en la frontera armenia....

—Figúraseme que pensabas en otra cosa ademas de los moros, dijo Sinesio señalando á la litera.

Y Rafael, por la primera vez despues de mucho tiempo, se sonrojó como un chico de quince años, y luego volvió la espalda con altanería, y subió otra vez á caballo, diciendo:

—¡He sido necio á mas no poder!

—Mejor harias en dar gracias á Dios por haber impedido que derramases sangre, dijo el obispo extranjero con